

La Emigración y sus Incidencias Económico-Sociales en Argelia

Por Pierre GRILLON, de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Argel, Argelia.—Colaboración especial vertida del francés por Oscar Uribe Villegas.

LA emigración de los trabajadores musulmanes de Argelia constituye, por su amplitud y por su complejidad, uno de los fenómenos colectivos más notables de nuestro tiempo. Sus repercusiones económicas y sociales, a pesar de sus caracteres muy particulares, ofrecen, por otra parte, más de una semejanza con los problemas de la misma naturaleza que se plantean en otros países en vías de desarrollo, de tal modo que ninguno de ellos podría permanecer indiferente ante los mismos.

Los datos estadísticos. La emigración argelina hacia Francia se precisa a partir de 1905, pero no adquiere un carácter importante sino después de la guerra de 1939-45. Se produce, entonces, un verdadero empuje migratorio, que tiene su fuente en la ley de 20 de septiembre de 1947, que se refiere al estatuto orgánico de Argelia, y cuyo título I (artículo 2), declara que “tous les ressortissants de nationalité française des départements d’Algerie jouissent. . . des droits attachés à la qualité de citoyen français.” En consecuencia, esta disposición hace desaparecer las medidas restrictivas anteriormente adoptadas para reducir la entrada de los trabajadores argelinos al territorio metropolitano.

El movimiento de emigración adquiere, a partir de entonces, una amplitud considerable que se va acentuando, de año en año, hasta fines de 1955, es decir: hasta los primeros meses de la rebelión argelina. La inflexión observada para el año de 1953 se explica fácilmente por las

dificultades de contratación que encontraba por entonces la mano de obra norafricana, en un periodo de crisis de la economía francesa.

Las cifras siguientes, redondeadas en sus centenas, muestran la amplitud de estos movimientos humanos (Cuadro I).

El movimiento migratorio se ha vuelto naturalmente más lento en el curso del periodo comprendido entre 1955 y 1962 en razón de los acontecimientos dramáticos de esas fechas. Parece que ha vuelto a adquirir una intensidad acrecentada, aparentemente desde los primeros meses inmediatos siguientes a la proclamación de la independencia de Argelia, gracias a la Declaración de garantías (Primera parte, párrafo 2) que figura en los Acuerdos de Evian, y en virtud de la cual "salvo decisión justiciera, todo argelino provisto de una tarjeta de identidad está en libertad de circular entre Argelian y Francia"

Causas de la Emigración. A los factores de orden demográfico y económico que conforme puede observarse, aparecen normalmente en todo país subdesarrollado de fuerte densidad de población, hay que agregar aquí factores psico-sociológicos e incluso políticos cuya importancia es innegable. Estos diferentes factores interfieren hasta tal punto que es imposible separar y determinar cuál es la parte que corresponde exactamente a cada uno de ellos.

CUADRO I

DATOS SOBRE LA EMIGRACIÓN DE ARGELIA ENTRE 1947 Y 1960

<i>Años</i>	<i>Salidas</i>	<i>Regresos</i>
1947	67 200	22 300
1948	80 700	54 200
1949	83 400	75 500
1950	89 400	65 200
1951	142 700	88 100
1952	148 700	134 100
1953	134 100	122 600
1954	165 000	136 200
1955	201 800	178 300
1956	85 600	83 500
1957	76 200	58 400
1958	48 600	59 700
1959	74 400	52 600
1960	80 100	57 600

Factores demográficos. Es sabido que la natalidad es tanto más fuerte cuanto que los ingresos de las poblaciones son más débiles. La paradoja ha llamado desde hace mucho tiempo la atención de los economistas y, desde 1774, Adam Smith observaba que la pobreza parece ser favorable a la procreación. El ejemplo de la población musulmana argelina es, a este respecto, particularmente significativo: la tasa de natalidad, que ya era de 36 por millar en los veinticinco primeros años del siglo, se ha mantenido de una manera casi constante entre 42 y 44 por millar entre 1926 y 1950, para establecerse entre 44 y 46 por millar en el censo de octubre de 1954, que es el último hasta el momento. Esta tasa extraordinariamente elevada, junto con una mortalidad decreciente, se encuentra en los orígenes del crecimiento demográfico estimado en una cifra cercana a las 250,000 unidades por año, como mínimo. A este ritmo, se estima que la población musulmana de Argel, estimada en 1950 en 7.660,000 almas, ha alcanzado los 8.784,000 de almas en 1955 y los 10.080,000 de almas en 1960; deberá sobrepasar los 13 millones en 1970 y una cifra vecina de 18 millones en 1980. Pero, desde hace ya algunos años, este crecimiento demográfico ha engendrado condiciones económicas que constituyen por sí mismas un importante factor de emigración.

Factores económicos. En efecto, se ha establecido, de una vez por todas, que el trabajo de la tierra no puede ocupar ya a una población tal y que menos podrá hacerlo en el porvenir. Un economista, Denis Lambert, ha podido evaluar en 92 días por año, en promedio, el trabajo de la población masculina, activa, en los campos. Una encuesta realizada por el Instituto Nacional de Estadística y que se refiere al trabajo de los asalariados agrícolas argelinos, ha llegado a un resultado análogo, al demostrar que esta categoría de trabajadores estaba empleada menos de cien días por año, y que sólo un 35 por ciento de la misma estaba empleada por más de 260 días al año.

Estas observaciones están vinculadas naturalmente, de un modo muy estrecho, con las relaciones que existen entre los recursos y la población de Argelia. En tanto que en Marruecos, por ejemplo, aparece aún un margen real entre los recursos existentes y las riquezas posibles —así como entre los niveles de vida existentes y los niveles de vida posibles, este margen falta totalmente en muchas de las regiones de Argelia (Kabília, Aurès, Némntcha, Traras, etc.). A partir de 1935, a consecuencia del simple crecimiento demográfico más de 200,000 quintales suplementarios de cereales han debido importarse anualmente para sub-

venir a las necesidades de una población, cuya alimentación está constituida esencialmente de cereales. A pesar de la extensión de las tierras cultivadas y el mejoramiento en los rendimientos agrícolas, la cantidad de cereales de que dispone cada habitante no ha dejado de disminuir, en efecto, desde fines del siglo pasado: en 1871, era de 5 quintales por año; en 1900, no era más que de 4; en 1940, de 2.5 y en 1945-47, de 2 solamente, a condición de que la cosecha fuese buena.

Es comprensible que, en tales condiciones, los campesinos supernumerarios se encuentren colocados ante la alternativa de llevar la vida de los desempleados sin recursos o de abandonar el país. Para estas poblaciones sub-alimentadas, la emigración parece ser una necesidad vital. Pero ¿habrá que llegar a la conclusión —según se ha escrito— de que se trata de una verdadera “emigración del hambre?” La expresión, aplicada al conjunto del fenómeno, puede parecer abusiva, sobre todo, si se consideran factores psico-sociológicos, cuyo papel no debe de descuidarse en forma alguna.

Factores psico-sociológicos. A partir de una voluminosa encuesta, iniciada en 1952, por iniciativa del Ministerio del Trabajo, y dirigida por Roberto Montagne, el llorado profesor del Colegio de Francia (encuesta cuyos resultados se han consignado en nueve gruesos cuadernos, con el título de *Etude sociologique de la migration des travailleurs musulmans d'Algérie en métropole 1957-1959*) resulta que el movimiento migratorio estudiado presenta una complejidad distinta de la que puede revelar el estudio aislado de las curvas demográficas y de las estadísticas agrícolas. El gran mérito de esta encuesta ha consistido en sacar a la luz el “desarrollo de una especie de clima favorable, que de proximidad en proximidad va avanzando y que agita a los elementos de población que nos han sido tocados aún” Es, en efecto, notable el que regiones sobrepobladas y pobres —como las de la frontera argelino-tunecina o incluso ciertas partes desfavorecidas del Algerois y de la Oranie— no hayan sido tocadas hasta aquí sino débilmente por la emigración, en tanto que zonas de densidad media —como la costa de la Gran Kabília— tengan una emigración intensa. Y Roberto Montagne observa en su Rapport provisoire (agosto de 1954): “No olvidemos que, en cada caso, para cada región, la emigración tiene un curso particular, una forma propia, que corresponde a una política colectiva de grupo; resulta de una suma de vivencias o experiencias que varían en cada aldea o en cada cantón. Es el resultado de un entrenamiento social en el que juegan múltiples factores, aun cuando instituciones sociales

poderosas —como la familia y la aldea— regulen más o menos su curso” (p. 16).

El fenómeno aparece, así, correlacionado estrechamente con la organización de la familia, con su estatuto patriarcal fundado en vínculos de extrema solidaridad, con la psicología de la aldea de tipo bereber; con su nivel de vida y el régimen territorial en vigor. Así se explica por qué las regiones menos arabizadas de Argelia son aquellas que han sido tocadas más fuertemente por la emigración.

Otros elementos psicológicos han tenido o tienen aún más su importancia. Es cierto, en particular, que antes de la independencia de Argelia, los musulmanes sabían que encontrarían, en tierra francesa, un “clima” moral incontestablemente mejor: emigrar era, para muchos de entre ellos, escapar al implacable complejo de inferioridad del que sufrían en su país natal, en relación con el europeo. Por otra parte, parece establecido igualmente que, para ciertos jóvenes kabilas, la emigración no era sino una forma de emancipación; un medio de substraerse a la coerción del medio. Quizá haya que ver, en esta necesidad de evasión, la consecuencia de las concepciones individualistas de nuestro tiempo y el síntoma de la disolución progresiva de los viejos vínculos tribales y familiares. Lo que es curioso, sin embargo, es que esta tendencia encuentre estímulo, ocasionalmente, en el orgullo familiar, que concede un gran precio al hecho de que un miembro del grupo parta para Francia y se fije ahí temporalmente: de regreso a su aldea, el emigrante conocerá en adelante el prestigio de que se concede a “quien ha estado en Francia” y esta consideración se vertirá sobre la familia entera. Agreguemos a eso que, en los relatos que hacen a su regreso o en las cartas que dirigen a sus parientes y a sus amigos, los emigrantes ceden voluntariamente al deseo de brillar ante los ojos de sus compatriotas, presentando su nueva situación social con los colores más seductores; relatos y cartas se propagan; se amplifican de boca en boca y con ayuda de la imaginación, se plantea, en la aldea, el problema de quién será el primero en partir. Nos encontramos, por tanto, en presencia, en muchos casos, de un verdadero contagio colectivo, susceptible de conllevar toda una serie de partidas.

Incidencias sobre la vida económica y social de Argelia. Si se consideran los regresos anuales, se estima que la cifra de los emigrantes argelianos establecidos temporalmente en Francia ha oscilado, en el curso del periodo comprendido entre 1951 y 1961, en torno de los 400,000 individuos. La amplitud de este movimiento no podía dejar

de tener importantes repercusiones sobre la vida económica y social de Argelia.

Incidencias económicas. Estas incidencias son de dos tipos: partida de la mano de obra y envío de fondos.

Partida de la mano de obra. Ya ha pasado el tiempo en que la emigración de los trabajadores musulmanes podía ser considerada como “una verdadera hemorragia de fuerzas vivas” y una amenaza para el equilibrio económico del país. En efecto, no ha llegado a producir, incluso, como se ha podido temer, un aumento de los salarios. Hasta ahora, por el contrario, en cuanto que la misma “ha disminuido el número de bocas por alimentar sobre una tierra pobre y sobrepoblada” ha aparecido como una sangría saludable, como una “válvula de seguridad”. Todas estas expresiones han sido tomadas de la obra de un escritor musulmán, Malek Ouary, quien estima que “la emigración constituye para Argelia, un fenómeno natural que encuentra su razón fundamental de ser en una ley social cuyo rigor se encuentra emparentado con el de ciertas leyes físicas relativas al equilibrio de fuerzas” (Par les Chemins d’Emigration, Alger, 1955, p. 169). Sin embargo, una reserva importante se impone —por lo menos, en previsión de lo porvenir— y es que esta emigración no ha afectado para nada hasta aquí sino a los sujetos varones de entre 20 y 40 años, o sea, a los elementos más activos de la población lo cual, en la perspectiva de una economía en expansión, podría constituir un inconveniente innegable.

Envío de fondos. A consecuencia del desequilibrio entre una economía galopante y recursos insuficientes, la emigración de los trabajadores musulmanes es, ante todo, una reacción natural contra la miseria que amenaza al grupo social. Es por ello por lo que la preocupación esencial de todo trabajador emigrado consiste en ganar dinero para enviárselo a su familia. A costa de severas privaciones, llega a economizar una tercera parte o quizá una mitad de su salario. La importancia de las sumas expedidas varía, claro está, con los diferentes individuos, pero también de acuerdo con las regiones. Veamos, a título de ejemplo, para el año de 1948, los datos sobre los envíos de los trabajadores argelinos a sus familias, en cinco comunas mixtas de Kabilia, región de emigración más antigua, con indicación del número de habitantes musulmanes:

Comuna de Akhou (75,000 h.)	100 millones de frs.
Comuna de Guergour (80,000 h.)	146 millones de frs.

Comuna de la Soummam (128,000 h.) ...	313 millones de frs.
Comuna de los Rirra (51,000 h.)	96 millones de frs.
Comuna de los Bibans (66,000 h.)	232 millones de frs.

A estas cifras, ya impresionantes de por sí, conviene agregar las subvenciones familiares, los colis —particularmente los tejidos— y, lo que no puede controlarse, las sumas en billetes de banco que los emigrados llevan a su regreso. En 1952, un sondeo realizado en la Comuna mixta de Fort-National, en la Gran Kabilía, ha revelado, de un modo palmario, que “los emigrados, sin gran especialización, llegan a enviar mensualmente una decena de miles de francos, en tanto que ciertos comerciantes ambulantes envían de 20 a 25,000 francos por mes y que regresan en ocasiones provistos de entre 300 y 500,000 francos. Muchos comerciantes ambulantes llegan, por el contrario, tan sólo a asegurar su subsistencia” (J. J. Rager, *L’Emigration en France des Musulmans d’Algéries*, Alger, 1956, p. 55).

Una encuesta organizada gracias al cuidado de los Etudes Sociales Nord-Africaines (Document N° 81, 30 de abril de 1955) estableció que las sumas transferidas de Francia a Argelia, para el año de 1954, se han elevado a 35 mil millones de francos. Esa cifra jamás ha sido discutida, pero quizá haya sido interpretada equivocadamente en cuanto representativa del monto de las sumas enviadas a sus familias por los trabajadores musulmanes que residen en Francia. La verdad es un poco diferente: en una obra de gran valor crítico: “*Les Travailleurs Algériens en France*” (París, 1956), Andrée Michel, asociada del Centro Nacional de la Investigación Científica, ha llegado a analizar el reparto de las sumas englobadas en las transferencias de fondos en cuestión: el cuadro siguiente resume los resultados de este trabajo:

Subvenciones familiares	5,250.000,000
Sumas enviadas por los comerciantes patrones de la industria y quienes tienen “una actividad colectiva no declarada”	15,000.000,000 aprox.
Prestaciones de la Seguridad Social .	3,000.000,000
Economías transferidas por los trabajadores asalariados	12,000.000,000

Incluso si los envíos, propiamente dichos, de los trabajadores argelinos no figuran sino como representativos de un tercio del total, éste

no es por ello menos completamente fruto de la inmigración argelina en Francia, pues más de millón y medio de personas que se han quedado en Argelia se benefician de esta fuente abundante de ingresos. Tal y como escribía Robert Montagne, “en las condiciones tradicionales de vida que conocen los campesinos kabilas, tal aflujo de dinero corresponde, por los cambios que provoca en la vida familiar, a la prosperidad de la que disfrutaría, en Francia, una familia obrera que recibiese de un pariente de América un millón por año” (Rapport provisoire, p. 22). Si se agrega que este aporte, lejos de constituir algo superfluo —como va a verse por el uso que se hace de él— tiene un sitio esencial en la existencia misma de las poblaciones, se estará de acuerdo en que su desaparición implicaría en poco tiempo, las peores consecuencias.

Incidencias sociales. Las incidencias sobre la vida social son complejas; afectan a la familia, las costumbres, las condiciones de existencia (habitat, moblaje, alimentación, etc.), la vida intelectual y religiosa e incluso ciertos aspectos de orden moral cuyas transformaciones no son siempre fáciles de discernir.

Sobre la vida familiar. Durante mucho tiempo la emigración argeliana fue exclusivamente masculina; las costumbres islámicas; la condición particular de la mujer musulmana; los prejuicios tenaces, constituyen otros tantos obstáculos para la partida de las parejas. “La mujer, privada de contactos exteriores, generalmente poco educada, experimenta una gran angustia en cuanto abandonar por primera vez su morada y su país. Para ella, el viaje es largo, pleno de cosas desconocidas, de dificultades, de emboscadas. Y el marido no puede evitar cierta repugnancia ante el pensamiento de llevar así a su esposa y colocarla en medio de una civilización cuyas costumbres son nuevas y que le sorprende a él mismo.” (J. Etienne, *L'Emigration vers la métropole des travailleurs musulmans dans le Département de Constantine*, 1950.) Sin embargo, desde hace algunos años se ve que los trabajadores argelianos conducen consigo a sus familias a Francia: en 1954, cerca de 3 000 mujeres y de 5 000 niños acompañaron a los jefes de familia. El censo realizado en mayo del mismo año registraba la presencia de 9 680 mujeres y de 11 780 niños en un total de 208 640 argelinos censados en la metrópoli, cifra que verdaderamente, resulta muy inferior a la realidad.

Es esa, seguramente, una tendencia nueva. Sigue siendo, con todo, aún demasiado excepcional, y los emigrados que intentan hacer ir a Francia a su mujer y a sus hijos se enfrentan a la oposición a veces

irreductible de los padres. “Para llevar a cabo sus propósitos, escribe plácidamente Malek Ouary, se ven obligados a desplegar toda su astucia.” Asimismo, la mayoría de los trabajadores prefieren dejar a su familia al cuidado de un pariente, de un hermano menor o de un primo. Suele suceder también —y por desgracia cada vez más— que el emigrado casado deje a su mujer, y al vivir en Francia por un tiempo que se prolonga, acabe por abandonarla. Esta es recogida generalmente por su familia y, por lo general, se vuelve a casar. Pero, entre las esposas abandonadas, son muy numerosas las que se encuentran reducidas a la miseria, y, con ellas, los hijos que tienen a su cargo. Finalmente, algunos trabajadores casados en Francia, llevan consigo a su mujer a Argelia; en la mayoría de los casos, el resultado de esto son situaciones penosas fáciles de comprender.

Así, en las condiciones menos desfavorables, la familia permanece privada de su jefe durante meses o incluso durante años y no llega a subsistir sino en caso de que de Francia le lleguen, con más o menos regularidad, envíos y subvenciones familiares.

Sobre las costumbres. Un carácter particular de la emigración argeliana consiste en que está constituida por los rurícolas. Es esto lo que se desprende del censo de octubre de 1954. En tanto que las grandes ciudades —Argel, Orán, Constantina— así como las zonas de agricultura europea no envían sino un número muy débil de emigrantes, las regiones que tienen mayor participación en el movimiento migratorio son zonas de agricultura tradicional; a saber: las Kabilías (cerca de 150 000 emigrantes) y las altas planicies del Constantinois y del Algerois (cerca de 60 000 emigrantes). Estas regiones están pobladas de agricultores, que se encuentran agrupados en aldeas y aldehuelas de tipo mediterráneo y que viven del cultivo de los cereales y de los árboles frutales (olivo, higo) así como de un poco de ganadería (sobre todo de ovejas y de cabras). Se trata, en conjunto, de campesinos pobres, pero vigorosos y resistentes, relativamente activos y trabajadores, acostumbrados a una existencia ruda y frugal. Sobre estas poblaciones que permanecen rudas, el contacto más o menos prolongado con una civilización muy diferente —la de las fábricas y la de las ciudades obreras— no podía tener, por la intermediación de los elementos mejor dotados, sino repercusiones frecuentemente desafortunadas.

Es indudable que se viste mejor que en el pasado. El uso del calzado se ha generalizado. El vestido europeo tiende a reemplazar cada vez más la ropa tradicional, incluso aunque en invierno se le superponga la djellabah. Indudablemente aparecen aún viejas creencias que se en-

cuentran en vías de desaparecer, como, por ejemplo, la creencia en el hijo dormido, en virtud de la cual un niño podría nacer varios años después de la partida del marido sin que su legitimidad pudiera ponerse en duda. Actualmente un hijo adulterino corre el riesgo de producir a la madre un repudio inmediato. Asimismo, el fanatismo religioso ha disminuido así como las terribles rivalidades que oponían un clan a otro, una familia a otra. Las riñas sangrientas, tan frecuentes en ciertas regiones, han desaparecido poco a poco. La suerte de la mujer ha mejorado: se quiere que sea menos ignorante y se muestra mayor familiaridad con la idea de enviar a las hijas a la escuela, lo cual era inconcebible hace diez años. En suma, parece que las costumbres rurales se humanizan.

En cambio, quien ha permanecido por mucho tiempo en Francia trae frecuentemente consigo el gusto por el vino; a pesar de las severas prescripciones del Islam, el alcoholismo se ha instalado en Argelia en las ciudades, ciertamente, más que en los campos. Los jóvenes, sobre todo, regresan marcados con una triste impronta: tienen cada vez mayor tendencia a liberarse de la autoridad paterna: frecuentemente han perdido su reserva respetuosa en presencia de personas de más edad y se observan entre ellos, desviaciones de lenguaje así como un cierto relajamiento del pudor. Hay algo peor aún; el campesino musulmán que vuelve de la metrópoli, no es ya un fellah, como lo señalaba ya una encuesta de marzo de 1949; el trabajo de la tierra, que, con todo, lo nutrió hasta su partida, ya no le interesa más. Sin ocupación, incapaz de volver a tomar su antigua actividad, frecuentemente se va a la ciudad vecina en busca de trabajo. Pero, como su permanencia en Francia no ha hecho de él un obrero calificado, va a engrosar, a partir de entonces, el número de los desocupados y de los declasados. De este modo, una de las consecuencias más temibles de la emigración es la de alimentar la formación de un proletariado indígena, que no ha dejado de desarrollarse en torno de las grandes ciudades.

Por el contrario, se encuentra al campesino enriquecido por la emigración. Si ha tenido, en efecto, la oportunidad de encontrar en una fábrica un empleo bien retribuido y gracias al espíritu de economía antes señalado, puede llegar a acrecentar el capital familiar. De regreso al país, emplea el dinero, con la mayor frecuencia, en comprar tierras o ganado. Entre 1950 y 1960, se ha podido constatar así, en Kabilía, una alza muy fuerte del valor de las tierras. Sucede así, en ocasiones, que el "nuevo rico" preste su dinero a tasas usurarias a quienes han sido menos favorecidos por la suerte. Los vínculos de subordinación que, a consecuencia de ello, se establecen inevitablemente entre los deudores y los

acreedores son, entonces, el origen de una transformación de las relaciones sociales que ya se esbozaba: un proletariado rural que prácticamente está bajo la dependencia de un campesinado que goza de relativa holganza.

Sobre las condiciones de existencia. Los contactos con un mundo diferente han tenido, evidentemente, su repercusión sobre la vida material. En primer término, el *habitat* se ha modificado. Antes, la casa típica estaba constituida uniformemente, de una pieza dividida frecuentemente en dos por un muro pequeño. Una sola abertura: la de la puerta. Ausencia de ventanas; una o dos claraboyas altas. Carencia de chimenea, pero, en ocasiones un agujero circular en el techo. En torno de la casa, un patio limitado por un muro de piedras. Y, desde hace algunos años, el uso de las ventanas y de las chimeneas se ha esparcido, y el aspecto exterior se ha transformado. Robert Montagne, en el curso de su última permanencia en Kabilía ha podido notar cuál es la forma en que, en esta vieja región de emigración, ha cambiado la fisonomía de numerosas aldeas. Más aún: en ciertos poblados —en Fort National, por ejemplo— se ha podido notar la construcción de “casitas cubiertas de tejas planas, e incluso de casas modernas con piezas espaciosas y aireadas (J. J. Rager, op. cit.). En las aldeas, ciertos comerciantes enriquecidos se han hecho construir casas cuya comodidad no cede en nada a la de las moradas europeas. El *mobiliario* también se ha transformado: a la estera de esparto y al cofre para los vestidos se agregan ahora el lecho, la cómoda, así como diversos utensilios. Este mejoramiento del *habitat* se deja sentir, sobre todo en la Gran y en la Pequeña Kabilía y mucho menos en otras partes. De acuerdo con una lista elaborada en 1955 por los servicios de “Ayuda a los Trabajadores Ultramarinos”, el material expedido o transportado por los trabajadores comprende, en primer término, bicicletas, máquinas de coser, y finalmente, una cantidad casi igual, de motocicletas, de televisores y de aparatos fotográficos. En cuanto a la *alimentación* su participación en el conjunto de los gastos familiares decrece fuertemente con el ingreso individual: en los medios más favorecidos, alcanza al 78% para descender hasta el 12% en las familias más pobres. Esta constatación subraya el hecho de que el trabajador argelino se nutre mejor no porque haya estado en Francia, sino porque tiene más holgura. Sin embargo, la alimentación que, según parece, no había sufrido modificación apreciable hasta 1940, ha mejorado tanto por lo que se refiere a la variedad como a la cantidad; algunos platos, como los *couscous d'orge*, tienden a desaparecer; otros, como el *couscous de glands*, han desaparecido totalmente; ciertos alimentos que no ha-

bían hecho sino una tímida aparición antes de la guerra son, ahora, de consumo corriente; es lo que ocurre con las legumbres secas venidas del exterior, el arroz, otros son de introducción reciente como las sardinas en aceite y las pastas alimenticias; finalmente se consume más carne, más trigo, más azúcar y más café. Esta enumeración no debe hacer olvidar que, de un modo general, la alimentación continúa siendo insuficiente.

Sobre el Plano Intelectual y Religioso. Es difícil discernir las repercusiones de la emigración sobre la vida intelectual, porque habría que poder determinar la participación exacta de qué es lo que se debe a la influencia de la enseñanza. La escolarización es antigua en Kabilia, y las escuelas ahí son numerosas y frecuentadas. Sucede lo mismo por lo que concierne al sentimiento religioso. Se oye decir que la mentalidad cambia; observación vaga que parece corresponder sobre todo a modificaciones en la actitud y en el comportamiento exterior. Se está de acuerdo, por ejemplo, en reconocer que el emigrante regresa al país más "sociable", pero, asimismo, que regresa con un carácter más reivindicador que el de su partida. En realidad, una vez que regresa al douar nativo, es reabsorbido rápidamente por su medio, y la influencia que podría haber tenido se rompe contra la fuerza de las tradiciones. Esto es, por lo menos, lo que se observa en las Kabilías, en donde, como escribe J. J. Rager, "los marcos sociales subsisten con toda su fuerza; en donde el autóctono que regresa de Francia es vuelto a tomar por cuenta de la estricta disciplina de la aldea; donde se somete a los 'kanouns' tradicionales bajo pena de multas a menudo muy fuertes; bajo pena, sobre todo, de ver que se le pone en cuarentena y que, con ello, se coloca en situación insostenible". Estas líneas permiten comprender con qué lentitud, en un medio tan poco permeable a las influencias de fuera, logra hacerse la introducción de nuevas ideas generadoras del progreso.